

Guerra civil y guerra total en el siglo XX

Gabriele Ranzato

Università di Pisa

Resumen: Los horrores de la guerra total en el siglo XX han superado a menudo los de las guerras civiles. En estas últimas, a pesar de sus excesos, la conciencia de todos los contendientes de que la población del contrario es también su población ha ejercido casi siempre algún freno sobre la violencia dirigida hacia civiles inermes. Por el contrario, en la guerra entre Estados la violencia masiva a la que la población enemiga es sometida —sobre todo mediante los bombardeos—, se ha vuelto en el transcurso del siglo XX una pieza básica de toda estrategia bélica, a pesar de que su eficacia para conseguir la victoria haya generado siempre dudas.

Palabras clave: guerra civil, guerra total, violencia, siglo XX, población civil.

Abstract: The horrors of total war have often gone beyond those of civil wars in the 20th Century. In the latter, in spite of their atrocities, every adversary has the conscience that the opponent's population is also part of the country's population, which has almost always curbed the violence against unarmed civilians in some way. On the contrary, when a war is between States, massive violence to which enemy's population is subjected —specially through bombardments— has become a basic element in every war strategy along the 20th Century, although its efficiency to achieve victory has always raised many doubts.

Key words: civil war, total war, violence, Twentieth Century, civilian population.

En el curso de la Guerra Civil española algunas ciudades sufrieron, por primera vez en Europa, bombardeos masivos y sistemáticos —los de la Primera Guerra Mundial habían sido esporádicos y muy poco mortíferos—, que despertaron espantosos presagios¹. Al recordar los primeros bombardeos de Madrid, Arthur Koestler escribía que su mayor impacto emocional no estribaba tanto «en su horror físico —aunque el bombardeo de una ciudad sin defensas antiaéreas sea bastante horrible—, sino en la percepción de que señalaban el comienzo de una época histórica nueva e incierta, en la que la antigua distinción entre soldados y civiles se borraría, en la que la muerte llegaría del cielo indiscriminadamente, una época de guerra total y total terror»². Otros, sin embargo, creyeron poder despreocuparse atribuyendo la barbarie de aquellos *raids* destructores sobre todo al carácter despiadado de toda guerra civil, sin darse cuenta, o sin querer darse cuenta, de que también otra distinción se iba borrando en gran medida, a saber, la diferencia que existía entre la guerra civil y la guerra entre Estados.

Aún hoy, la guerra civil, por su carácter «fratricida» y las formas de extremada violencia que con frecuencia produce, es considerada la guerra más horrible³. Tampoco las barbaries evidentes de la Segunda Guerra Mundial han hecho desaparecer esta convicción, ya que a menudo se las hace remontar al hecho de que esa guerra tuvo sobre todo un carácter político-ideológico y, por lo tanto, fue una «guerra civil ideológica internacional»⁴ cuyo origen era el mismo de la mayoría de las guerras civiles que han ensangrentado el siglo XX⁵. Y, sin embargo, la guerra del siglo XX ha adquirido algunos rasgos propios de las contiendas civiles antes de que en sus causas se diera amplia cabida a los factores político-ideológicos.

¹ En realidad, algunos europeos ya habían ensayado los efectos de los bombardeos masivos sobre otros pueblos. Así, en los años veinte franceses y españoles en el Rif, y en 1935 los italianos en la guerra de Etiopía. Cfr. LINDQVIST, S.: *Sei morto! Il secolo delle bombe*, Milán, Ponte alle Grazie, 2001, pp. 98-101.

² KOESTLER, A.: *The Invisible Writing*, Londres, Hutchinson, 1969 (1954), p. 397.

³ Sobre la guerra civil y las razones de su general abominación, véase nuestra introducción a RANZATO, G. (ed.): *Guerra fratricida. Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994.

⁴ Éste es el significado que le atribuye HOBBSAWM, E.: *Il secolo breve*, Milán, Rizzoli, 1995 (ed. or. 1994), p. 175.

⁵ Sobre el tema de la Segunda Guerra Mundial como «guerra civil europea», véase PAVONE, C.: «La seconda guerra mondiale: una guerra civile europea?», en RANZATO, G. (ed.): *Guerra fratricida... op. cit.*, pp. 86-128.

Guerras civiles y guerras entre Estados

Victor Serge, al reflexionar sobre los acontecimientos posteriores a la Revolución de octubre, encuadraba de la manera siguiente la relación entre la guerra civil y la guerra entre Estados:

«El problema que debe resolverse para vencer en la guerra civil es en el fondo idéntico al que es necesario resolver para vencer en las guerras entre los Estados. Es menester exterminar una parte —la mejor— de las fuerzas vivas del adversario y desmoralizar, desarmar las otras. Las guerras modernas borran cada vez más los límites entre beligerantes y no beligerantes. La destrucción de los nudos ferroviarios y de los centros industriales del enemigo es tan importante como la de los ejércitos; la destrucción del proletariado que trabaja en la retaguardia para aprovisionar el frente de máquinas y municiones tendrá en las guerras futuras igual importancia que la destrucción de las tropas de primera línea [...] En todos estos puntos, la guerra civil anticipa la guerra de los Estados»⁶.

En realidad, cuando Serge apuntaba la cancelación de la diferencia «entre beligerantes y no beligerantes» como una característica de las «guerras modernas», que la guerra civil había anticipado, dibujaba la transformación de la guerra entre Estados en «guerra total»; es decir, aquella que tiene como rasgo esencial la desaparición de toda diferencia entre militares y civiles como objeto de la violencia bélica, con la consecuente eliminación de cualquier área de salvaguardia para las poblaciones inermes. Es, sin embargo, singular que, si bien Serge escribió aquellas consideraciones en la página conclusiva del capítulo titulado «Teoría del terror», los ejemplos señalados no tengan algún carácter terrorista, sino que, por el contrario, pertenecen a acciones de guerra dirigidas a destruir las bases de ámbito civil —nudos ferroviarios, fábricas y obreros de la industria de guerra— de la máquina bélica del enemigo. Es como si Serge ignorara o infravalorase aquel potencial terrorista de la guerra total que más la asimila a la guerra civil, cuya violencia, aun siendo aparentemente «sin límites», a menudo está mucho más sujeta a condicionantes y frenos de cuanto lo está la guerra total entre Estados.

⁶ SERGE, V.: *L'Anno primo della rivoluzione russa*, Turín, Einaudi, 1967 (ed. or. 1965), p. 301.

En la guerra civil, la no distinción entre ámbito militar y ámbito civil no deriva de una libre elección, sino que generalmente es su misma condición de existencia. La sedición armada surge en el interior de la sociedad civil, y produce adhesiones que sólo parcialmente pueden convertir a sus militantes en verdaderos soldados. Además, cuando una parte de los contendientes lucha, como con frecuencia ocurre, en la forma de guerrilla, aquéllos se mezclan a propósito con el pueblo dejando al conciudadano-enemigo la difícil tarea de distinguir entre guerrilleros, francotiradores, neutrales y sus propios partidarios. La dificultad de reconocer al enemigo engendra entonces un síndrome ansioso que a menudo provoca explosiones de extremada violencia en contra de la población civil. Pero raramente se trata en las guerras civiles de una violencia completamente indiscriminada; ésta se dirige preferentemente hacia los grupos que presentan las señas sociales o étnicas más reveladoras de la pertenencia al bando enemigo. En las guerras civiles rusa o española, por ejemplo, las víctimas de las represalias improvisadas no eran elegidas casualmente, sino que se las seleccionaba dentro del grupo de los burgueses o, al revés, de los proletarios.

Aun cuando núcleos enteros de la población aparecen abiertamente comprometidos con un bando, difícilmente quedan sujetos a represalias globales, ya que es difícil saber la verdadera medida, espontaneidad y homogeneidad de la colaboración de sus habitantes con el enemigo. No es una casualidad que, por ejemplo, las múltiples masacres de las que fueron víctimas pueblos enteros durante la *Resistenza* italiana fueran siempre perpetradas por los alemanes, con escasa participación de las milicias de la República Social. Por consiguiente, se pueden considerar esas acciones más bien como episodios de la despiadada guerra total desplegada por las tropas del Reich que de la guerra civil entre italianos que paralelamente se desarrollaba.

Cuando la guerra civil ve enfrentados ejércitos regulares formados, en mayor o menor medida, por voluntarios, la sociedad civil está más ligada a las fuerzas armadas y esto la expone en mayor medida a la acción militar del enemigo. Los voluntarios son civiles que borran la diferencia con los militares y exponen el núcleo social de donde proceden a la misma hostilidad bélica que el enemigo reserva al ejército contrario. Por ejemplo, en la Guerra Civil española, que vio en los dos bandos fervorosas adhesiones políticas y/o religiosas por parte de los civiles —que en gran número ingresaron en milicias

o fuerzas regulares—, la *limpieza* de adversarios políticos que frecuentemente acompañaba la ocupación militar de pueblos y ciudades aparecía como una continuación normal de las operaciones bélicas. Sin embargo, la *limpieza* era siempre el resultado de una selección y nunca una matanza general, una masacre indiscriminada, como las que se han realizado en muchas guerras a lo largo del siglo XX durante la ocupación de un país extranjero.

En efecto, a pesar de que en las guerras civiles abundan las violencias sobre civiles inermes, normalmente en ellas no se registran, de no ser que tengan un carácter eminentemente étnico, matanzas indiscriminadas de poblaciones enteras. La «marcha infernal» del general Sherman a lo largo de Georgia y Carolina del Sur durante la guerra civil de los Estados Unidos, que obedeció sin duda a una lógica de guerra total para quebrantar la moral de la población civil⁷, hizo estragos sobre todo en casas y cosechas, lo que ahorró vidas humanas⁸. Por otro lado, la dureza de las órdenes de Sherman y la conducta de sus soldados han puesto en tela de juicio el carácter de guerra civil de la Guerra de Secesión americana, puesto que hacían resaltar la gran distancia entre las tropas devastadoras y las poblaciones que sufrían sus atropellos y, más en general, la escasa integración de las poblaciones de los Estados del Norte con las del Sur. Una realidad que se comprueba en los muchos episodios en que las tropas del Norte, sin saber discernir entre amigos y enemigos ni siquiera en los Estados de la Unión fronterizos con los de la Confederación, se abandonaron a estragos de civiles al modo de tropas extranjeras ocupantes. Particularmente iluminador es el caso de Missouri, en el que no se puede hablar de esporádicas masacres, sino de un masivo exterminio de población, debido al hecho de que

«los soldados de la Unión no podían distinguir, entre todos esos afables civiles, a los que en realidad eran unos implacables guerrilleros o simpatizantes de la guerrilla, así que, aterrorizados y furiosos por las pérdidas sufridas, se inclinaban por agredir a ciegas a cualquiera que les pareciera sospechoso de amenazarlos. De manera que se produjo un ciclo de matanzas, donde

⁷ Sobre el general Sherman como «teórico» y artífice de campañas terroristas para debilitar la moral de los civiles, FELLMAN, M.: «At the Nihilist Edge: Reflections on Guerrilla Warfare during the American Civil War», en FÖRSTER, S., y NAGLER, J. (eds.): *On the Road to Total War. The American Civil War and the German Wars of Unification, 1861-1871*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 533 y ss.

⁸ NEELY, M. E. Jr.: «Was the Civil War a Total War?», en *ibid.*, pp. 29-51.

la justicia se mudaba en venganza, donde a todo soldado muerto se respondía con diez civiles, y a cada diez con cien. Durante cuatro años, cerca de 10.000 ciudadanos de Missouri perdieron la vida de tal forma»⁹.

De inmediato surge la asociación entre ese caso lejano y los más recientes de la guerra antiguerrilla, no sólo de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, sino también de los italianos en los Balcanes durante el mismo conflicto, de los americanos en Vietnam, de los rusos en Afganistán, etc. Los múltiples ejemplos posibles subrayan el hecho de que los ejércitos de ocupación de un país extranjero han tenido en la época contemporánea ocasiones de masacre de civiles mucho más frecuentes de lo que ha podido ocurrir en las guerras civiles. A partir del siglo XIX, cuando se ha difundido por doquier el nacionalismo de masas, el área de respeto de la población civil se ha ido restringiendo a medida que la adhesión o colaboración de aquella población, aunque fuera sólo virtual, al esfuerzo de guerra de su propio país la convertía en «población enemiga».

Una larga ocupación, que se dilata cuanto más las fuerzas directoras del país invadido, apoyadas por el general sentimiento nacional, se niegan a rendirse, provoca una creciente hostilidad entre la población civil y las tropas invasoras. Se deben satisfacer las necesidades —en primer lugar, las alimenticias y de alojamiento— a expensas de la población, a la que se impone continuas cargas. Las resistencias —más fuertes cuanto más exaltadas sean por el patriotismo— exasperan al ocupante, empujándolo a proveerse con la violencia de lo que se le niega y a tomarse cuenta compensación de las penosas condiciones en que, a su vez, está obligado a vivir a raíz de la prolongación de la guerra y de los reveses que puedan retardar su fin. De ahí una agravación de la hostilidad de la población civil para con el invasor.

Este círculo vicioso pudo ser observado ya en el curso de la Guerra franco-prusiana, la primera en la Europa contemporánea en que un ejército invasor tuvo que enfrentarse largo tiempo con un nacionalismo de masas¹⁰, a pesar de que también en esa Francia ocupada buena parte del pueblo salió de la «aquiescencia y apatía» en que se encontraba «sumido»¹¹ menos por su patriotismo que

⁹ FELLMAN, M.: «At the Nihilist Edge...», *op. cit.*, p. 523.

¹⁰ No está tan claro que la resistencia antifrancesa durante la Guerra de la Independencia española fuese promovida por esta clase de nacionalismo.

¹¹ HOWARD, M.: *The Franco-Prussian War. The German Invasion of France, 1870-1871*, Londres, Rupert Hart-Davis, 1961, p. 251.

por la dura convivencia con el ocupante a la que estuvo obligado¹². Sin embargo, los años posteriores a ese conflicto estuvieron tan caracterizados por la exasperación de los nacionalismos y por la carrera hacia una guerra general, que la intuición de los horrores que aquella mezcla podría acarrear empujó a muchos gobernantes de Europa a establecer unas normas internacionales dirigidas a proteger a las poblaciones civiles en el marco de un más amplio —e ilusorio— programa de «humanización de la guerra». En particular, en la Conferencia de la Haya de 1907 se dictaron normas precisas que prohibían no sólo que a los civiles se les hiciera objeto de toda violencia bélica, sino también que se les tomara como rehenes, se les sometiera a trabajos forzados, se les desposeyera de sus bienes y se les privara de sus medios de supervivencia.

Sin embargo, durante la Gran Guerra, el odio nacionalista hacia el contrario, más que la larga permanencia en territorio enemigo, indujo a los alemanes a una extensa violación de esas normas, al someter a la población civil belga y francesa no sólo a requisas, deportaciones y trabajo coactivo en amplia escala¹³, sino también a verdaderas masacres por represalia o venganza, ya a partir de los primeros días del conflicto. Por ejemplo, en Bélgica

«los alemanes fusilaron a cincuenta habitantes del pueblo de Seilles, y el 22 de agosto [de 1914], en el centro minero de Tamines, enfurecidos por la tenaz resistencia de los soldados franceses que operaban en aquella zona, se llevaron a 384 civiles, los reunieron cerca de la iglesia, los pusieron en filas y los mataron a tiros de fusil y ametralladora. La víctima más joven tenía trece años, la más vieja ochenta y cuatro. Una matanza todavía más terrible fue perpetrada al día siguiente en Dinant. Las autoridades alemanas mataron a 612 hombres, mujeres y niños en represalia por haber disparado a sus soldados que reparaban el puente»¹⁴.

¹² Un reflejo significativo del hecho de que la hostilidad de la población francesa hacia los prusianos surgiera más de la insoportable convivencia con ellos que del patriotismo se encuentra en algunos cuentos de Guy de Maupassant basados en su experiencia personal. MAUPASSANT, G. de: *Racconti della guerra franco-prussiana*, Turín, Einaudi, 1968.

¹³ Sobre este tema, véanse, en particular, RITTER, G.: *I militari e la politica nella Germania moderna*, vol. 2, Turín, Einaudi, 1973 (ed. or. 1964), pp. 472-473, y BECKER, A.: *Oubliés de la grande guerre. Humanitaire et culture de guerre, 1914-1918*, París, Éditions Noësis, 1998, pp. 57-65.

¹⁴ GILBERT, M.: *La grande storia della Prima guerra mondiale*, Milán, Mondadori, 1998 (ed. or. 1994), p. 61.

Obviamente, cuando la población civil dispara a los soldados, ella misma borra el linde entre militares y civiles y flanquea el umbral de la guerra total o, en todo caso, acepta su lógica. Pero, en general, sólo una parte de la población, la que ha elegido la lucha guerrillera, dispara a los soldados enemigos, y con ese acto los coloca en la impotente y angustiosa condición de no poder distinguir entre atacantes y pacíficos civiles. El objeto de los combatientes irregulares no es sólo el de hacerse invisibles al enemigo, sino también el de dar la impresión de tener que enfrentarse a una invencible «guerra del pueblo» y al mismo tiempo de promoverla lo más posible entre la población:

«Si queréis luchar contra nosotros, dice el guerrillero [a los enemigos], tendréis que luchar contra los civiles, ya que vuestra guerra no es contra un ejército sino contra una nación entera. Por lo tanto, no deberíais luchar en absoluto, ya que de lo contrario seréis vosotros los bárbaros que matan a mujeres y niños. En realidad, los guerrilleros logran movilizar sólo una pequeña parte de la nación, inicialmente mínima; para movilizar a los demás cuentan con los contraataques del enemigo. Su estrategia sigue una regla básica de la guerra: hacer recaer la responsabilidad de la guerra indiscriminada sobre el adversario»¹⁵.

Sólo en una guerra de invasión, contrariamente a lo que ocurre en un conflicto civil, se puede dar el caso de que el ejército acepte el desafío de los guerrilleros y traduzca su sentimiento de impotencia, miedo y rabia en matanzas indiscriminadas. Porque esta conducta tiene como soporte cultural la idea de que la población del territorio ocupado además de enemiga es también extraña, es «el otro». Esto naturalmente ocurre tanto más cuanto la población tenga señas identitarias de origen étnico que exalten su diversidad y la hagan aparecer amenazadora.

«No son la tecnología [de las armas] o la capacidad de organización —escribe Michael Fellman— sino los factores culturales los que determinan la cuantía y la intensidad de las masacres en la guerra»¹⁶. Esto explica que, en las guerras coloniales de los europeos en otros continentes o de los norteamericanos contra los indios o

¹⁵ WALZER, M.: *Guerre juste e ingiuste*, Nápoles, Liguori, 1990 (ed. or. 1977), p. 242.

¹⁶ FELLMAN, M.: «At the Nihilist Edge...», *op. cit.*, p. 522.

de los japoneses contra otros pueblos de Asia¹⁷, se hayan alcanzado niveles de matanzas —a veces, de pura carnicería y con muchas crueldades anexas— más altos que en otras guerras, con la excepción de las guerras civiles interétnicas, que tienen en común con las coloniales la diferencia étnica de los bandos en lucha. Esto explica también por qué en la guerra antiguerrilla de los americanos en Vietnam no sólo hubo episodios aislados de matanzas, como el famoso de My Lai. Hubo también acciones de tierra quemada, con un desinterés por vidas y haberes de los civiles inédito en el curso de la guerra entre las poblaciones europeas. En efecto, en Indochina, aunque hubo planes para evacuar a los civiles, «las normas para limitar las víctimas civiles fueron modificadas o desvirtuadas o ignoradas en grado tan alto que en la práctica todas esas limitaciones desaparecieron»¹⁸, y muchos de los campesinos que acogían —o podían acoger— a los guerrilleros Vietcong fueron eliminados con sus casas y animales.

La deshumanización de la «población enemiga» y el odio hacia ella alcanzaron el grado máximo de destrucción en la guerra de la Alemania hitleriana. Ambos fueron los ingredientes básicos de una ideología racista en la que el principio de la superioridad de la raza aria y germánica refrendaba el «derecho» de aniquilar a cuantos pueblos fueran juzgados nocivos o inferiores. El genocidio de los judíos y toda la conducta de guerra y ocupación de los alemanes fueron consecuencia de este planteamiento ideológico y cultural. Ya desde la invasión de Polonia, «la ocupación puso en evidencia la voluntad por parte de Alemania no sólo de conquistar territorio, sino también de esclavizar a la población polaca y de diezmar a sus clases dirigentes»¹⁹. En lo sucesivo, la guerra de exterminio desen-

¹⁷ El sentimiento de superioridad racial como supuesto de las masacres y otras atrocidades cometidas por los japoneses a lo largo de sus guerras en Asia a partir de la invasión de China en 1937, en DOWER, J. W.: *War without mercy. Race and power in the Pacific War*, Nueva York, Pantheon Books, 1986, pp. 33-73, donde, por otro lado, se señala que el motivo por el que «los americanos odiaron más a los japoneses que a los alemanes, a pesar de la orgía de violencias de estos últimos, [fue] en gran medida racial» (*ibid.*, p. 34).

¹⁸ SCHELL, J.: *The military half; an account of destruction in Quang Ngai and Quang Tin*, Nueva York, Vintage Books, 1968, p. 151.

¹⁹ COLLOTTI, E.: «Obiettivi e metodi della guerra nazista. Le responsabilità della Wehrmacht», en PAGGI, L. (ed.): *Storia e memoria di un massacro ordinario*, Roma, Manifestolibri, 1996, p. 25. En realidad, el blanco de esa eliminación durante la

cadena en Europa oriental y en la Unión Soviética, por las SS y sus *Einsatzgruppen* y por la *Wehrmacht* entera, persiguió objetivos que, si bien en principio eran selectivos por cuanto implicaban en primer lugar la eliminación de judíos y de dirigentes político-militares comunistas, al final pretendían reducir radicalmente la cantidad de la población de aquellos territorios en vista a su futura colonización y dominación por parte de Alemania²⁰.

La guerra total de la Alemania nazi tuvo, por lo tanto, un incentivo de doble carga, el de una guerra civil al mismo tiempo político-ideológica y étnica. El enemigo era un «enemigo total», ideológico y étnico, que tenía que ser aniquilado por sus caracteres objetivos, tanto si estaba armado como inerme. También las masacres realizadas por los soviéticos entre las fuerzas armadas polacas —entre las que sobresale el episodio de Katyn— obedecieron a unos criterios de guerra civil —los mismos que habían guiado el «terror rojo» en la guerra civil que siguió a la Revolución bolchevique—²¹, ya que iban

ocupación alemana de Polonia no eran sólo las clases dirigentes, sino la población en su conjunto, como se puede deducir de un memorándum redactado en noviembre de 1941 por dos responsables sanitarios del departamento de Política Racial, en el que, refiriéndose a los polacos no judíos, escribían: «Por parte nuestra, la asistencia médica debe limitarse a la encaminada a prevenir la difusión de epidemias en los territorios del Reich». Esto era perfectamente coherente con «la opinión muy compartida entre los ideólogos de Berlín de que fuese preciso hacer disminuir la población polaca y judía negándole los servicios sanitarios» [BROWNING, C. R.: *Verso il genocidio. Come è stata possibile la «soluzione finale»*, Milán, Il Saggiatore, 1998 (ed. or. 1992), pp. 141-42].

²⁰ Sobre la guerra de exterminio realizada por los alemanes en la Unión Soviética, cfr., en particular, HILLGRUBER, A.: *La strategia militare di Hitler*, Milán, Rizzoli, 1986 (ed. or. 1982), pp. 548-559, y BARTOV, O.: *Fronte orientale. Le truppe tedesche e l'imbarbarimento della guerra (1941-1945)*, Bolonia, Il Mulino, 2003 (ed. or. 2001), pp. 131-169. Aunque en forma menos masiva que en los territorios orientales, los alemanes perpetraron un gran número de matanzas de la población civil también en la Europa occidental y particularmente en Italia, en el marco de guerra antiguerrilla muy laxamente interpretada. Sobre el caso italiano, BATTINI, M., y PEZZINO, P.: *Guerra ai civili. Occupazione tedesca e politica del massacro. Toscana 1944*, Venecia, Marsilio, 1997. El análisis de muchos episodios hace resaltar que también en este caso las matanzas indiscriminadas, aunque realizadas con finalidades bélicas, a menudo fueron favorecidas por el profundo sentimiento de superioridad etno-racial de los soldados alemanes con respecto a las poblaciones que ellos masacraban.

²¹ En el libro de V. Serge se puede leer lo siguiente: «El terror rojo no es sólo un arma necesaria y decisiva en la guerra de clases. Es también un instrumento terrible para que la dictadura del proletariado pueda realizar la depuración interna». En la obra depuradora no es tan importante «establecer grado y cantidad de las

dirigidas a la aniquilación de la oficialidad del ejército, es decir, del alma militar de las clases dirigentes «burguesas» de Polonia²². Pero la guerra de los alemanes en el frente oriental perdió a menudo todo criterio de selectividad en el exterminio. Éste presentó, en su concepción hitleriana tanto de búsqueda del «espacio vital», apuntada en *Mein Kampf*, como de implantación del «nuevo orden europeo» en el curso del conflicto mundial, rasgos comunes con otras guerras del mundo antiguo o de los pueblos bárbaros invasores del imperio romano, donde la masacre de las poblaciones civiles era la condición previa para el aprovechamiento de los recursos del territorio y, por lo tanto, era parte integrante del objetivo de guerra²³. Bajo este aspecto, aquella guerra, a la que la definición de «nueva barbarie» se ajusta perfectamente, aparece como la culminación de la guerra total en el siglo XX.

La guerra total contemporánea

La guerra total *del* siglo XX tiene una peculiaridad que la diferencia cuantitativamente —por el número de víctimas— y cualitativamente —por las funciones que se atribuyen al exterminio de poblaciones inermes— de la guerra total de otras épocas. Esa peculiaridad no estriba en absoluto en las motivaciones político-ideológicas o étnico-raciales que esa guerra pueda tener en común con las contiendas civiles. Una práctica exasperada de exterminio de las poblaciones civiles inspirada por motivos político-religiosos —en buena medida asimilables a razones ideológicas— caracterizó, por ejemplo, la Guerra de los Treinta Años del siglo XVII, de manera que puede decirse que «si la extensión de las destrucciones y la fuerza inspiradora de las hostilidades ideológicas son las señas [de la guerra total], esta

culpas; lo más importante es preguntarse a qué clase social, a qué medio ambiente pertenece el enemigo, si es peligroso y en qué medida»; SERGE, V.: *L'Anno primo...*, *op. cit.*, p. 295.

²² ZASLAVSKY, V.: *Il massacro di Katyn. Il crimine e la menzogna*, Roma, Ideazione Editrice, 1998.

²³ «Los objetivos de los jefes del Tercer Reich eran los mismos que los de sus antepasados de hacía un millar de años: instalarse en nuevos territorios y exterminar o esclavizar a las poblaciones nativas». HOWARD, M.: *La guerra e le armi nella storia d'Europa*, Milán, Laterza, 1978 (ed. or. 1976), p. 263.

lucha terrible [la Guerra de los Treinta Años] está a la altura de todas las guerras totales del siglo XX»²⁴. Pero en aquella guerra total del siglo XVII, así como en otras del pasado lejano, las masacres y toda clase de violencias sobre las poblaciones no tenían finalidad estratégica, no eran parte integrante de los planes militares. En cambio, la guerra total contemporánea, y particularmente la del siglo XX, se caracteriza no tanto por la creciente implicación y la creciente mortandad de la población civil, sino sobre todo por el hecho de que ambos fenómenos no son unos simples apéndices de la extensión y mayor penetración del teatro de guerra en la sociedad civil, sino que son el producto de un planteamiento estratégico en el que la población civil está asimilada a un objetivo militar, o más bien se ha convertido en blanco privilegiado para conseguir la victoria.

Este tipo de guerra total tiene su origen en el hecho de que en el curso del primer conflicto mundial la guerra de desgaste hizo decisiva para la victoria la capacidad de resistencia del *home front*, el frente interno en que la sociedad civil había sido llamada a sostener el esfuerzo de su ejército. De hecho, el bloqueo económico, las privaciones a las que las poblaciones civiles fueron sometidas, con sus secuelas de desmoralización y disturbios sociales, produjeron el derrumbe de los imperios centrales mucho más que las operaciones militares y el enorme número de caídos que habían costado. De ahí aquella fundamental reorientación de la estrategia militar que bien resumía Michael Howard cuando escribía que «si el centro de gravedad de la actividad bélica se había desplazado de los ejércitos a las poblaciones civiles con el objeto de imponerles un esfuerzo insostenible, más valía atacarlas directamente que seguir con aquella guerra de desgaste de la que los mismos vencedores salían exhaustos»²⁵.

Fue así como desde entonces la aviación, que ya se presentaba como el arma más eficaz para realizar el ataque directo de ese «centro de gravedad», se convirtió en protagonista privilegiado de los planes estratégicos —y también de las fantasías— más destructivos. En 1921, el general italiano Giulio Douhet, el más precoz teórico de los bombardeos estratégicos, describía, en el libro *Il dominio dell'aria*, sus efectos decisivos:

²⁴ CHICKERING, R.: «Total War. The Use and Abuse of a Concept», en BOEMKE, M. F.; CHICKERING, R., y FÖRSTER, S.: *Anticipating Total War. The German and American Experiences. 1871-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 23.

²⁵ HOWARD, M.: *La guerra...*, *op. cit.*, pp. 248-49.

«La completa destrucción de los objetivos elegidos provoca, además de los efectos materiales, unos efectos morales que pueden tener enormes consecuencias. Imagínese lo que podría suceder entre la población civil en cuanto se supiera que pueblos y ciudades atacadas por el enemigo son arrasadas totalmente, sin posibilidad de salvación para nadie. Blancos de los ataques aéreos deben ser, por lo tanto, áreas pobladas de cierta extensión en las que existan edificios corrientes, viviendas, fábricas, etc. Para destruir esos objetivos es preciso utilizar en proporción conveniente tres tipos de bombas: las explosivas, las incendiarias y las tóxicas. Las explosivas sirven para producir los primeros destrozos, las incendiarias para provocar los incendios, las tóxicas para impedir que los hombres los apaguen [...] Sin falta llegará rápidamente el momento en que las poblaciones, para librarse de la angustia y empujadas únicamente por el instinto de supervivencia, pedirán [a sus gobiernos] que se acepte la rendición sin poner condiciones. Puede que esto ocurra antes de que su ejército sea movilizado y la armada haya zarpado»²⁶.

Estos párrafos del libro de Douhet, muy debatido por los estrategas militares de muchos países en el período entre las dos guerras mundiales²⁷, indican claramente que el bombardeo de ciudades y civiles que caracterizaría las guerras del futuro no fue una consecuencia inevitable de operaciones bélicas dirigidas hacia objetivos militares. Al contrario, desde el principio fue pensado como un elemento esencial de esas operaciones bélicas. Las acciones más destructivas de la guerra total del siglo xx han sido, por lo tanto, el producto de una cínica actitud militar dispuesta a todo con tal de conseguir la victoria, no sólo sobre un «enemigo total», político-ideológico, étnico-racial, etc., sino sobre *cualquier enemigo*, incluso el que era hostilizado por las más tradicionales oposiciones de intereses nacionales. El uso terrorista de los bombardeos, el exterminio de civiles como chantaje para ahorrar así en gastos y batallas fue planeado por los mandos militares no como solución de emergencia de cara

²⁶ DOUHET, G.: *Il dominio dell'aria: saggio sull'arte della guerra aerea*, Roma, Stabilimento poligrafico per l'amministrazione della guerra, 1921, pp. 17 y 57.

²⁷ Sobre quienes en aquel período apoyaron la idea de la importancia determinante del arma aérea, véanse MARKUSEN, E., y KOPF, D.: *The Holocaust and strategic bombing. Genocide and Total War in the 20th Century*, Boulder, Westview Press, 1995, pp. 201-203. La influencia de Douhet entre los teóricos americanos de los bombardeos de precisión, en CRANE, C. C.: *Bombs, cities and civilians. American Airpower Strategy in World War II*, Lawrence, University Press of Kansas, 1993, pp. 12-27.

a un enemigo absoluto que amenazara la civilización, la libertad o la misma existencia de un país, sino como simple arma decisiva de cualquier guerra ordinaria.

En realidad, no se tardó mucho en constatar que el bombardeo no era tan fácilmente determinante y que el cuadro pintado por Douhet era en buena parte fantástico. Ya durante la guerra de España —laboratorio de guerra civil y guerra total al mismo tiempo— muchas ciudades, sobre todo en el territorio republicano, fueron sometidas a *raids* aéreos de carácter terrorista. De uno de éstos, del que fue víctima Barcelona en marzo 1938, el propio embajador alemán Eberhard von Stohrer escribía en un informe: «No hay algún indicio de que su blanco fueran objetivos militares»²⁸. Sin embargo, a lo largo de la guerra, los bombardeos no habían resultado por lo general tan perturbadores y desmoralizadores. Así que el coronel francés Camille Rougeron en su libro sobre *Les enseignements aériens de la guerre d'Espagne* escribía, en polémica con Douhet, que los efectos de los *raids* habían quedado lejos de los previstos por el general italiano y que «los habitantes de Madrid, Valencia y Barcelona se habían mostrado tan disciplinados que ningún gobierno hubiese podido desear más»²⁹.

Sin duda, la fuerza destructiva de esos bombardeos fue enormemente menor de la que padecieron muchas ciudades durante la Segunda Guerra Mundial. Las 2.500-3.000 víctimas de Barcelona no fueron nada en comparación con las 135.000 de Dresde³⁰ o las 80.000 de Tokio. El mismo bombardeo de Guernica, el más parecido a los que estaban por llegar, tuvo sobre todo el carácter de experimento para averiguar sus efectos devastadores. Pero, al tratarse de una pequeña población, no pudo proporcionar las indicaciones que el bombardeo de una gran ciudad habría podido ofrecer acerca de la posibilidad de provocar un pánico general capaz de influir en la conducta de los gobernantes enemigos. Es éste uno de los casos en que mejor se puede comprobar el hecho de que la violencia de la guerra civil está en realidad sometida a mayores limitaciones o

²⁸ *Les archives secrètes de la Wilhelmstrasse: de Neurath a Ribbentrop. Septembre 1937-Septembre 1938*, París, Plon, 1950, p. 510. Telegrama núm. 373.

²⁹ ROUGERON, C.: *Les enseignements aériens de la guerre d'Espagne*, París, Éditions Berger-Levrault, 1939, p. 83.

³⁰ Según C. C. Crane, el número de las víctimas de Dresde fue exagerado por las propagandas alemana y soviética, y la cantidad real debía situarse «sólo» entre 25.000 y 35.000. CRANE, C. C.: *Bombs, cities and civilians...*, op. cit., pp. 114-115.

restricciones de las que se producen en la guerra entre Estados. Porque, dando por ciertas las responsabilidades de las autoridades franquistas en la carnicería de Guernica, éstas no podían descuidar el hecho de que la población enemiga era en buena medida también su propia población. Aunque sometidas a bombardeos, Madrid y Barcelona no podían ser arrasadas como Guernica³¹ o como lo serían Dresde y Tokio, ya que allí vivían —piénsese en el madrileño barrio de Salamanca— también sus partidarios.

Ninguna restricción de ese tipo frenó los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Tampoco el hecho de que desde su comienzo los *raids* alemanes sobre Rotterdam y Coventry y los de la RAF sobre las ciudades alemanas no provocaron la paralización de estas ciudades, ni el pánico general ni un levantamiento de las poblaciones contra sus gobiernos para obligarlos a capitular. A pesar de ello, los bombardeos continuaron siempre de manera más intensa y fueron sobre todo los ingleses quienes más insistieron, poniendo en evidencia el carácter terrorista de esta práctica. Como ha escrito el gran historiador militar Basil Liddell Hart,

«a medida que la imposibilidad de centrar objetivos estratégicos con la suficiente precisión se hacía más patente, el estado mayor de la aviación [británica] puso más énfasis en la eficacia de los bombardeos como medio para quebrantar la moral de la población civil, es decir, en el terrorismo. Debilitar la voluntad de lucha del enemigo devenía más importante que destruir los instrumentos empleados por el enemigo para luchar»³².

Tampoco sobre los efectos desmoralizadores de los bombardeos podían hacerse muchas ilusiones, ya que la animosa resistencia de las ciudades bombardeadas mostraba su inconsistencia. «A finales de 1940 —ha escrito Harvey B. Tress— los ingleses empezaron a justificar sus bombardeos estratégicos, todavía insignificantes en comparación con los que estaban por llegar, con las teorías de la des-

³¹ El carácter prevalentemente terrorista del bombardeo de Guernica muestra una evidente contradicción en la actitud de los mandos franquistas, que, por un lado, castigaban a los vascos como cuerpo extraño y hostil a la integración nacional tal y como ellos la entendían —de ahí su visto bueno a una violencia indiscriminada contra ellos, como si se tratara de una población extranjera y enemiga—, y, por otro, se desmentían al no reconocer a los vascos identidad extranjera, negándoles hasta la autonomía.

³² LIDDELL HART, B. H.: *Storia militare della Seconda Guerra Mondiale*, Milán, Mondadori, 1996² (ed. or. 1970), p. 834.

moralización de los civiles, en el mismo tiempo en que Londres sometida al *blitz* y las noticias que procedían de Alemania las estaban desmintiendo con toda claridad»³³. Sin embargo, insistieron en estas operaciones militarmente estériles, por lo demás muy onerosas en número de aparatos y pilotos perdidos, porque, sobre todo tras la derrota de Francia y la precipitada retirada de las tropas británicas,

«a falta de combates terrestres a gran escala, la campaña aérea era para los ingleses la demostración concreta de que todavía luchaban y más aún atacaban. Fueron pocos los que pusieron en tela de juicio la moralidad de una estrategia que apuntaba indiscriminadamente a la población civil [...] Si los ingleses no hubieran bombardeado Alemania, casi podría parecer que no hubieran estado en guerra contra ella»³⁴.

De hecho, fue entonces cuando el bombardeo de la población civil, perdida toda esperanza de que fuera un arma decisiva, quedó fijado durante mucho tiempo como una acción bélica casi rutinaria, un medio ordinario para dañar al enemigo y sobre todo para hacerle objeto de represalia. Pero esa represalia no pretendía ser un elemento de disuasión para llegar a un tácito acuerdo con el enemigo sobre la necesidad de mantener a salvo las poblaciones civiles de ambas partes. Tenía un valor en sí misma cuando «la moral de la nación y de las Fuerza Armadas [del bando que la realizaba] fuera debilitada y aquella represalia podía tener un efecto alentador»³⁵. De este modo, en la época de la guerra de masas, en la que el espectáculo de los golpes asestados por el enemigo está a la vista de todos y la ausencia de respuesta puede deprimir el «frente interno» y debilitar la capacidad de resistencia de la nación, el bombardeo se ha convertido en una represalia inevitable, una manera de dar salida al deseo de venganza de la población, que de lo contrario engendraría un enervante sentimiento de impotencia.

³³ TRESS, H. B.: *British strategic bombing policy through 1940: politics, attitudes, and the formation of a lasting pattern*, Lampeter, Edwin Mellen Press, 1988, pp. 357-358.

³⁴ TAYLOR, A. J.: *Storia della Seconda guerra mondiale*, Bolonia, Il Mulino, 1990 (ed. or. 1975), pp. 136-138.

³⁵ DICKENS, G.: *Bombing and strategy. The Fallacy of Total War*, Londres, Sampson Low, Marston & Co., 1946, p. 79. El almirante Dickens criticó severamente los bombardeos estratégicos de la RAF, que a su parecer no tenían gran eficacia y en cambio dejaban desamparada de protección aérea a la marina que operaba en las rutas vitales para el aprovisionamiento de Gran Bretaña.

Durante la Guerra Civil española el espectáculo de los estragos y de las víctimas provocados por los *raids* aéreos produjo a menudo una reacción incontrolada por parte del pueblo dirigida a tomarse una venganza inmediata³⁶. Pero también las autoridades republicanas, para satisfacer esta clase de sentimientos expresados con fuerza tanto por los civiles como por los militares, fueron en algunas ocasiones obligadas a ordenar bombardeos de represalia contra las ciudades controladas por «los nacionales», superando la rémora que implicaba el hecho de que la población bombardeada era en gran medida su propia población. Por ejemplo, el 4 de junio de 1937, en una nota dirigida al ministro del Interior, el ministro de Defensa, Indalecio Prieto, escribió, a propósito de los bombardeos a los que habían sido sometidas las ciudades republicanas:

«No hay manera de amparar, por medio de ametralladoras y cañones antiaéreos, todo el territorio leal [...] Frente a los aviones, arma terrible, no hay más que un recurso: la aviación, usada con los mismos métodos que emplee el adversario, en mayores proporciones, si es posible. Es decir, el terror contra el terror. El gobierno tiene recursos sobrados para adoptar el sistema de los facciosos, igualmente imposibilitados, como nosotros, de cubrir con defensas antiaéreas todo el territorio bajo su dominio. No hemos apelado a ese sistema por escrúpulos de conciencia y, además, por creer que nuestra tutela de gobernantes se desborda del territorio en que ejercemos plena autoridad para extenderse sobre el resto de la nación, de toda la cual somos sus legítimos representantes. Hemos esperado en vano que el enemigo desistiera del proceder alevoso que inició en Madrid, y que luego ha hecho proseguir con la misma furia sobre todas las poblaciones leales a la República [...] Por eso ahora, no pudiendo el mando resignarse a contemplar condolido el espectáculo de ruina y muerte sembradas por la aviación rebelde, ha dispuesto que la nuestra dé réplica a los bombardeos de Barcelona, Reus, Tarragona, Valencia, y todo el litoral en suma, yendo a Salamanca, Sevilla y Valladolid»³⁷.

³⁶ El ataque de las cárceles a consecuencia de los bombardeos para matar prisioneros del otro bando fue un espectáculo frecuente en ambas Españas. En Jaén, Málaga, San Sebastián, Barcelona, en la zona republicana, y en Huesca, Valladolid, Granada, La Línea, en la franquista, se registraron algunos de los más atroces episodios de este tipo. En Bilbao, en enero 1937, un bombardeo propició que una muchedumbre enfurecida asaltara la cárcel y masacrara a unos 200 detenidos.

³⁷ Cfr. todo el documento reproducido en VILLARROYA, J.: *Els bombardeigs de Barcelona durant la guerra civil (1936-1939)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999², pp. 47-49.

Los impulsos de venganza fueron sin duda un componente importante de los motivos de los bombardeos ingleses de las ciudades alemanas, tanto en la fase en que estaban obligados a la inacción en las operaciones terrestres como en los últimos meses de guerra, cuando pudieron realizar una masiva destrucción de la mayoría de las poblaciones, ya faltas de una eficaz defensa aérea³⁸, sin llegar por ello a conseguir la rendición inmediata y sin condiciones, que era el principal objetivo. Mientras «los ingleses continuaron con su política de *zone bombing* aun cuando ya desde hacía mucho tiempo las razones, o los pretextos, de esta clase de acciones indiscriminadas no tenían ninguna justificación»³⁹, los americanos se declararon más bien contrarios a los bombardeos terroristas sobre Alemania —el general Charles P. Cabell, responsable de los planes de operación de las *US Strategic Air Forces*, los definía como «*baby killing plans*»—⁴⁰, pero tampoco consiguieron mejores resultados con sus bombardeos «de precisión», dirigidos a destruir los nudos viarios y los centros productivos del país. Si, por ejemplo, «en Dresde la mayoría de las 25.000-35.000 víctimas perecieron al inhalar gases ardientes o monóxido de carbono en el huracán de fuego provocado por las bombas incendiarias de la RAF [...] los imprecisos bombardeos americanos sobre las estaciones de maniobras de la ciudad contribuyeron probablemente en la misma medida a la pérdida en vidas humanas»⁴¹.

Por otro lado, en el teatro de guerra del Pacífico los americanos tuvieron una actitud completamente distinta y atacaron indiscriminadamente desde el aire la gran mayoría de las ciudades de Japón. Los americanos «tenían una percepción diferente de alemanes y japo-

³⁸ Un ejemplo significativo del sentimiento de venganza que inspiraba los bombardeos y animaba a muchos combatientes ingleses se encuentra en la declaración, reproducida en el *Sunday Express* del 24 de diciembre de 1944, de uno de ellos, quien, al entrar con las tropas de ocupación en Aquisgrán, arrasada por las bombas, decía: «Es el espectáculo que más me ha llenado de alegría en los últimos años. En la ciudad, que tenía unos 170.000 habitantes, ya no hay un hogar en pie. Nunca he visto destrucciones parecidas [...] Diez mil de ellos viven como ratas en los sótanos, en medio de toda clase de escombros. Un solo *raid* ha provocado 30.000 víctimas [...] Me da un gran placer pensar en que lo que ha sucedido en Aquisgrán ha ocurrido y sigue ocurriendo en la casi totalidad de las ciudades alemanas». CAILLOIS, R.: *La vertigine della guerra*, Roma, Edizioni Lavoro, 1990 (ed. or. 1950), p. 88.

³⁹ LIDDELL HART, B. H.: *Storia militare della Seconda Guerra Mondiale*, op. cit., p. 859.

⁴⁰ Véase CRANE, C. C.: *Bombs, cities and civilians*, op. cit., p. 111.

⁴¹ *Ibid.*, p. 114.

neses, y muchos veían los *Japs* como una raza primitiva y cruel que no merecía ninguna piedad ni compromiso»⁴². Pero sobre todo sentían, desde Pearl Harbor y a través de una experiencia de guerra más penosa de la que tuvieron en el área europea, un enorme rencor que sólo pudo ser aplacado con las inmensas hogueras provocadas por las bombas incendiarias que en la primavera y verano de 1945 destruyeron íntegramente, o casi, muchas ciudades japonesas, desde centros industriales o militares relevantes —caso de Tokyo u Osaka— hasta pequeñas ciudades sin ninguna importancia, como la villa de Toyama⁴³.

El sentimiento de venganza y la alteridad y hostilidad étnicas constituyeron también el sustrato de la decisión americana de lanzar las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945. Ciertamente, los elementos que concurrieron en esa resolución fueron múltiples: desde la voluntad de ensayar su poder destructivo a la de justificar los enormes gastos que su fabricación había ocasionado⁴⁴, desde la intención de disuadir a los japoneses de volver en el futuro a emprender cualquier guerra de agresión a la de dar a todos los países una demostración de poder militar que pusiese a los Estados Unidos en el lugar preeminente entre todas las potencias mundiales. Pero el elemento determinante fue el hecho de atribuir a las bombas atómicas la misma capacidad que en su momento se creyó tenían los bombardeos estratégicos, es decir, la de conseguir —y en este caso concreto la de adelantar, vista la conciencia general de que los japoneses estaban definitivamente derrotados— la rendición del enemigo en virtud de sus efectos terroristas⁴⁵. En cierto modo se puede decir que las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki fueron la revancha de Douhet, quien, por otra parte, ya había contestado con fría lógica militar a los que habían criticado su teoría diciendo que todo dependía de la «carga de ruptura».

⁴² *Ibid.*, p. 120.

⁴³ KENNETT, L.: *A history of strategic bombing*, Nueva York, Scribner, 1982, p. 175.

⁴⁴ TAYLOR, A. J. P.: *Storia della Seconda guerra mondiale*, *op. cit.*, p. 260.

⁴⁵ Una interesante, aunque no siempre persuasiva, discusión sobre los efectos ventajosos para la victoria de los aliados, no sólo de Hiroshima y Nagasaki, sino de toda la campaña de bombardeos realizada por ellos durante el conflicto mundial, se puede ver en OVERY, R.: *La strada della vittoria. Perché gli Alleati hanno vinto la seconda guerra mondiale*, Bolonia, Il Mulino, 2002 (ed. or. 1996), pp. 188-195. La «cuestión aérea» en el período de las guerras mundiales, en FIOCCO, G.: *Dai fratelli Wright a Hiroshima. Breve storia della questione aerea (1903-1945)*, Roma, Carocci, 2002.

«Sostener —escribía en 1928— que los ataques aéreos contra centros demográficos [circonlocución pudibunda para no decir poblaciones inermes], industriales, etc. no pueden por sí mismos llegar a quebrantar las resistencias materiales y morales de una nación no es más que una opinión personal. Siempre se trata de una cuestión de medida. Las resistencias materiales y morales de una nación ceden siempre en cuanto se supere su correspondiente carga de ruptura. Así que es suficiente superar esa carga. Considerada la potencia de las actuales armas aéreas, la eficacia de los materiales explosivos y el efecto aterrador que pueden producir, es legítimo pensar que cuando se empleen los medios apropiados la carga de ruptura puede ser superada»⁴⁶.

Sin duda, la carga de ruptura depende a su vez de la fuerza de resistencia y de las numerosas variables que en ella influyen, entre las que destaca el convencimiento del pueblo que padece los bombardeos de que la victoria está todavía a su alcance. Es básicamente por esto que, por ejemplo, durante la primera parte de la guerra de España el pueblo madrileño soportó con gran entereza los bombardeos sin abandonar la capital, a pesar de las repetidas invitaciones de las autoridades a evacuarla, mientras que en 1938 los barceloneses, que fueron sometidos a *raids* más destructivos cuando la derrota de la República aparecía ya inevitable, reaccionaron huyendo en gran número de la ciudad.

La fuerza y la duración de la resistencia del pueblo dependen sobre todo de su adhesión a las razones de la guerra de sus gobernantes. Una adhesión que puede ser inestable desde el origen, como fue el caso, por ejemplo, del pueblo italiano. Entrado en la Segunda Guerra Mundial al lado de los alemanes con muchas reticencias y sólo porque Mussolini hizo creer que se trataba de un paseo triunfal, cuando fue sometido, a partir de 1942, a duros bombardeos, el pueblo fue casi unánime en su voluntad de salir del conflicto de cualquier manera. Por el contrario, el sólido convencimiento de que su guerra era justa y necesaria contribuyó en gran medida a la larga resistencia de los pueblos coreano y vietnamita, que en la segunda mitad del siglo XX fueron sometidos a los más largos y masivos bombardeos de todas las guerras hasta entonces conocidas⁴⁷.

⁴⁶ DOUHET, G.: «Il dominio dell'aria», en *Rivista Aeronautica*, febrero de 1928, reproducida en DOUHET, G.: *La guerra integrale*, Roma, Franco Campitelli Editore, 1936, p. 121.

⁴⁷ Según ha escrito Gabriele Kolko, «el poder de fuego producido [por los

Naturalmente, ni los coreanos ni los vietnamitas fueron sometidos a la carga máxima, es decir, la de las bombas atómicas. Y esto porque, por un lado, a partir de 1949, cuando también la URSS dispuso del arma nuclear, los Estados Unidos pudieron temer una represalia, y, por otro, gran parte de la opinión pública de los países democráticos ha ido desarrollando una creciente repulsa hacia las armas atómicas, cuyos efectos secundarios son además difícilmente controlables. De este modo, como sucedió con los gases en la Primera Guerra Mundial, las bombas atómicas quedaron, por su inseguridad, sólo como *extrema ratio*. En consecuencia, han conservado básicamente una función de disuasión —si no de la guerra, como mínimo de su radicalización—; se han convertido en el denominado «paraguas atómico». Sin embargo, Hiroshima y Nagasaki han mantenido viva su mortífera enseñanza. Han dado nuevo brillo a la idea —muy desprestigiada durante gran parte de la Segunda Guerra Mundial— de que se puede doblegar a un pueblo y ganar una guerra por medio de bombardeos terroristas sobre las poblaciones civiles, de ahí su práctica hasta hoy.

A modo de conclusión

Como es sabido, el siglo xx ha sido el siglo de las ideologías que han producido terribles guerras civiles, horribles totalitarismos y odios inagotables contra el enemigo ideológico convertido en enemigo total. No obstante, no tienen toda la responsabilidad de esa forma de practicar la guerra, la de atacar siempre directamente a las poblaciones civiles. Las ideologías en gran medida han desaparecido, pero esa conducta de guerra no ha desaparecido en absoluto. Porque hoy como en el pasado esa forma de guerra es protagonizada por hombres que muy a menudo no están motivados por ninguna exaltación ideológica, sino que, simplemente, están dispuestos a emplear cualquier medio a su alcance con tal de vencer o lastimar al enemigo.

americanos] en Corea fue mucho más destructivo del que los aliados utilizaron durante la Segunda Guerra Mundial», ya que supuso el uso de una cantidad de explosivos por hombre ocho veces superior. En Vietnam emplearon «cinco veces el que habían utilizado en Corea». KOLKO, G.: *The Century of War*, Nueva York, The New Press, 1994, pp. 405 y 426.

Durante el primer conflicto mundial, John Reed, corresponsal de guerra en Alemania antes de convertirse en uno de los más famosos testigos de la Revolución rusa, relataba que un oficial alemán preguntado sobre el respeto a los civiles durante la contienda contestó: «La guerra es mi oficio y yo la amo por encima de todo. El objeto de toda guerra es vencer, nada más. Y naturalmente no hay medios que el soldado no tenga derecho a emplear para vencer. Si me fuera preciso propagar el terror entre la población civil y bombardear ciudades indefensas para alcanzar mi objetivo, yo lo haré»⁴⁸. En el curso del siglo XX, gobiernos y mandos militares de todos los países se han dejado guiar por ese mismo criterio y nada hace esperar que en siglo presente pueda ocurrir algo distinto.

⁴⁸ REED, J.: «German France», en *Metropolitan Magazine*, XLI (marzo de 1915), reproducido en BECKER, A.: *Oubliés de la grande guerre...*, *op. cit.*, pp. 50-51.